

CENTROAMERICANA

14

Cattedra di Lingua e Letterature Ispanoamericane

Università Cattolica del Sacro Cuore

2008



CENTROAMERICANA

Direttore: Dante Liano

Segreteria: Dipartimento di Scienze Linguistiche
e Letterature Straniere
Università Cattolica del Sacro Cuore
Via Necchi 9 – 20123 Milano
Italy
Tel. 0039 02 7234 2920
Fax 0039 02 7234 3667
E-mail: dip.linguestraniere@unicatt.it

La pubblicazione di questo volume ha ricevuto il contributo finanziario dell'Università Cattolica sulla base di una valutazione dei risultati della ricerca in essa espressa.

Dei giudizi espressi sono responsabili gli autori degli articoli.

© 2008 Università Cattolica del Sacro Cuore – Diritto allo studio
Largo Gemelli 1, 20123 Milano – tel. 02.72342235 – fax 02.80.53.215
e-mail: editoriale.isu@unicatt.it (produzione); librario.isu@unicatt.it (distribuzione)
web: www.unicatt.it/librario
ISBN: 978-88-8311-610-0

LUIS DE LIÓN. LA VISIÓN DEL CONQUISTADO

MÉNDEZ VIDES

El escritor Luis de Lión nació como indio conquistado en un pueblo olvidado de Dios, San Juan del Obispo, que apenas era un chorro de casas alrededor del templo católico y el convento colonial, en una zona de fincas cafetaleras en las faldas del Volcán de Agua. Un poco de ganado esmirriado producía la leche que llegaba todas las mañanas a La Antigua, la ciudad señorial con sus calles de La Nobleza y Duelos, en carretas que perseguían los carboneros con sus redes de oro negro, para entrar al otro mundo acompañados. En las laderas crecía el maíz y se enredaba el frijol de la subsistencia, y en algunos sitios se cultivaba las manzanas duras como la piedra pero deseables por jugosas. En ese poblado toda carne humana que alumbraba era destinada miserablemente, desde su bautizo, al destino chato de arador de la tierra o cargador de bultos en el mercado, o mozo a secas. Luis de Lión quiso ser escritor, una profesión destinada al mundo urbano, sabiendo que su condición era de pueblo. Al respecto escribió:

Yo no soy de la ciudad, soy de un pueblo. Allí me crié y mi mundo fue muy pequeño. A veces, algunos viajes a la ciudad de Antigua, pero nada más.

Toda la grandeza de la ciudad colonial era, además, pura memoria, porque cuando bajó de niño a conocer la urbe que desde su pueblo era un paisaje atractivo de cúpulas blancas, se topó con una ciudad en ruinas. Hidalguía en huellas. Llegó caminando por la vereda trazada por la tragedia de las correntadas que descendían del cráter del volcán en invierno, algunas veces fatalmente, cuando la piedra se partía y descuartizaba a la población. El agua arrasaba a su paso rancherías, corrales, desapareciendo para siempre a las personas invisibles que era como si de verdad nunca hubieran existido antes, y

cuyos cuerpos tal vez siguen hoy día soterrados bajo las enormes rocas de la destrucción, que en la actualidad son un monumento a la muerte al ingresar al poblado. De joven se percató de las furias de la Naturaleza, y su imaginación inaudita guardó el terror en la memoria, preguntándose por qué podía sobrevivir tanta desdicha junta. Estaba vivo, y le empezaba a doler tal certeza. En su obra recuerda las correntadas, y la recuperación de su pueblo tras la tragedia:

alguna creciente que baja del volcán y se lleva algunas casas y deja algunos muertos y la gente, la de las mismas caras y los mismos apellidos, que neciamente vuelve a levantar los mismos ranchos y a sustituir a los muertos con gente nuevecita.

El autor navegó la mayor parte de su vida en esas calles de tierra, recostado con los amigos de juventud en la famosa pila de la cuchilla, desde donde se veían pasar los buses repletos de indios escalando el volcán hasta la media luna donde está levantado otro poblado mágico: Santa María de Jesús. En la noche no se divisaban las luces de dicho poblado, porque las velas se encendían dentro de las casas y no existía la energía eléctrica, sino un poste frente al Palacio Municipal que de lejos parecía un astro. El poeta creció rodeado de niños con los mocos de fuera, jugando en la plaza de su pueblo con una pelota de trapo, descalzos, entretenidos sin darse cuenta de su circunstancia real. Mientras acumulaban el odio y les tocaba enfrentar su ajuste de cuentas con la realidad. Los pobladores fueron el paisaje que el escritor descubrió asombrado, y a quienes quiso enseñar más tarde, como maestro, que existía la posibilidad del progreso, para que se defendieran, se agarraran de la tierra con las uñas y mataran el destino impuesto:

niños que juegan en la calle con sus trompos, con sus cincos, con sus pelotas de trapo, que juegan desconecta, que todavía se orinan en sus pantalones, que no saben ni limpiarse los mocos.

Pero él tenía la vena del mundo abierta frente a sus ojos, y se apartaba como mil lustros del resto, y sentado en la orilla del muro de contención que separa

la plaza del templo de la carretera polvosa, se dejaba maravillado por la vista de las cúpulas en lejanía, de los templos de La Antigua. Era igual que si fuera Rubén Darío admirando París a principios de siglo, desde la plaza del Sagrado Corazón, y comparara en lo más profundo de su estómago, la gigantesca distancia que existía entre su ombligo en Metapa, y la gigantesca urbe contaminada por el torbellino.

Y de esa manera única y auténtica que difícilmente alcanzan quienes se desarrollan en cualquier parte del mundo, no importa si se trata de tierras más fértiles, de Lión logró crear una obra fundamental para entender a su pueblo y universalizar su condición, profundizando con mano de santo en la vida. Él sí cumplió con aquella sentencia que dicta que si describes bien a tu pueblo serás universal, y a medida que transcurra el tiempo se le irá haciendo justicia a su obra trunca.

En su juventud aparecieron la iglesia y su doctrina como la respuesta salvadora. De Lión se sumergió en la experiencia espiritual, y su obra fue plagada por el desencanto de quien quiso creer en el más allá y luego dudó de todo. La decepción fue horrible, el mundo igualitario que predicaba el catolicismo se contradecía con la multiplicidad de impedimentos, de diferencias, de injusticias. Su inteligencia y sensibilidad no pudieron contra tanta arbitrariedad y vorágine. Le tocó transitar por los derroteros de la borrachera, ese culto de los mayores al que recurrían taciturnos para nublarse la vista y no hacerse preguntas, para no tener que estar aguantando en estado consciente, las circunstancias impías. Pero ya marcado por los oficios religiosos, hace de la misma bebida que se cultivaba en su pueblo, otro rito. A su vuelta del cielo de los dioses a la realidad india de pueblo conquistado, pide la botella de aguardiente en una tienda, y la vacía de un trago, y no le basta.

El la destapó inmediatamente, la levantó y se la puso en la boca; luego empezó a beber su contenido, primero como haciendo gárgaras, luego como que si tuviera una sed de años, como si desde que se había ido no hubiera probado una gota de agua. Se la bebió en una sola respiración, sin escupir, en silencio. Y cuando la terminó volvió a pedir otra.

La injusticia social se le apareció ante la vista, y todos los significados de la vida espiritual se derrumbaron bajo sus pies. Pero hasta cuando reniega de todas las creencias esclavizantes, permanecerá aturdido por las promesas del cielo, la omnipotencia de la Catedral, las figuras de los frailes españoles que llegaban a tranquilizar y domeñar sus espíritus vencidos, el sonido de las ofrendas, las procesiones, las imágenes en el templo. Sus personajes toman nombres de ángeles o de santos, Celestino, Pascual, Cruz, María, Angélica... Y cuando empieza a escribir arremeterá contra todos los sueños que tuvo y un día se le esfumaron dejándolo solo en el mundo.

Su condición de indio vencido lo sorprende, por la inaprehensible fortuidad, porque ha llegado a La Antigua a descubrir que pertenece a una raza explotada y dominada. Y lleva la experiencia al límite en la ficción cuando presenta el caso del personaje femenino que le niega un hijo a un protagonista de su novela *El tiempo principia en Xibalbá*, porque no quería que “*fuera indio como su padre*”. El paisaje de su literatura será el de un pueblo hambriento y miserable, donde los comerciantes ladinos mandan y reinan de la mano de la Iglesia, y bautiza a uno de éstos para vengarse como Juan Caca. Un paisaje donde el indio vaga y anda de un lado para el otro como judío errante, aprendiendo mañas para sobrevivir, con la condición a costas de ser tratado y considerado como “menos”.

El protagonista, que será su alter ego, se marcha del pueblo y luego vuelve decepcionado a sus orígenes, pero como en el soneto de Asturias donde regresa Ulises sin regresar:

pero ya no volviste, te quedaste partido en otra parte.

Los remordimientos de gozar los frutos del conocimiento, en un país donde la ignorancia es la llave de la dominación, lo condujeron al martirio. Se sintió como apartado, como distante de lo suyo, como con la obligación de convertirse en uno de esos ángeles, arcángeles o serafines que le habían enseñado los curas, o en uno de esos mártires que alcanzaban el cielo tras derramar sangre. Nunca imaginó que el destino le tenía deparado algún cráter de volcán, o una fosa secreta bajo la tierra a la que siempre perteneció, porque

fue asesinado a escondidas, para que su identidad se fundiera con su condición de escritor en tierra de analfabetas, como un simple desaparecido.

¿Verda que no sabés qué es lo que es llevar caites en los pies? ¿Verdá que no sabés qué es tener callos en las manos?

Es cierto que el medio devoró al artista, que no conoció glorias ni fama, que no vió su única novela publicada, y que para justa de males fue inmolado por las fuerzas de represión en una de las últimas oleadas contra los intelectuales involucrados en el sueño revolucionario del cambio, para apagar a quienes demandabana una vida más justa en el campo y la ciudad. Pero su obra sobrevive, y revela claves fundamentales para comprender la identidad guatemalteca.

Su obra se publicó póstumamente. Está inconclusa, castigada por la situación oprobiosa de la época, sin corregir, sin reescribir, como hojas sueltas que se encontraron en su escritorio, pensamientos regados, ilustraciones de un inmenso proyecto que nunca pudo culminar. En su novela y cuentos aparece la iglesia y sus símbolos una y otra vez, hasta el cansancio, superando con mucho el leitmotiv de su preocupación social.

El caso más conocido de todos es el que se presenta en *El tiempo principia en Xibalbá*, la novela breve, fuerte y dolorosa, que describe la angustiosa experiencia del indio que al descubrir que pertenece a un pueblo vencido, se revuelve en ansiedad y cólera porque no le gusta esa gente taciturna y repetida que no pareciera despertar nunca del letargo:

todo el mundo sabe lo que puede saberse de ella y nadie la olvida, ni siquiera un nuevo nacimiento puede ser una nueva historia porque parece como si la vida del muerto se repitiera en el recién vivo.

El personaje siente crecer en él el resentimiento en contra del mundo ladino, atarantado por la discriminación, la falta de oportunidad, y se agita la incomprensión ante el ser de su pueblo, así que bebe:

vos, el que regresó con los ojos llenos de mundo, mundo odiado, mundo ladino en donde fuiste discriminado; vos, el que aquí se muere de tedio, tendido sobre el petate casi todos los días y todas las noches, pudriéndote de goma mientras esperás.

Luis de Lión logra crear una novela verdaderamente indígena, de una raza que es “*toda esa gente que agacha la cabeza desde hacía siglos, que nunca la levantaba*”, y en un acto revolucionario manifiesta su venganza como un crimen sexual en contra de la Iglesia que se burló de él haciéndole creer de pequeño que los indios también podrían acceder al cielo, pero que de adulto le exigían ganárselo en la otra vida aceptando el yugo en ésta. Así que en la historia arrastra a la locura a todos los hombres enamorados de la misma mujer, la única ladina del pueblo, la imagen de la Virgen de Concepción. El protagonista roba la imagen del altar, la lleva a su casa y la viola, como emulando a su manera la pasión de Cristo para lograr la redención de un pueblo esclavizado. El pueblo entero se enardece y termina desangrándose por causa del indio-ángel y de esa mujer extraña e invasora, que los conduce a matarse a unos contra otros.

Si Miguel Angel Asturias tomó el tema indio desde afuera, como visión ladina, Luis de Lión lo abarca desde lo profundo, auténtico, inexpugnable, raro, inhibido, alegórico, justo medio para expresar lo que la gente siente, y describe la agonía del pueblo guatemalteco que sólo ha esperado, que con él principiaba a alzarse, y que ya ha logrado un muy merecido puesto en el mundo literario con una excelente e inolvidable novela, de mágica manufactura.

En sus cuentos también arremete contra los símbolos religiosos, contra los ensotados curas españoles en *El Inventor*, contra la ingenua fe en el cielo, en *La puerta del cielo*, contra las vanidades humanas en medio de las procesiones en *Los hijos del Padre*. Este último es un caso genial, donde la aguda visión del autor lo lleva a fijarse en esa rara escuela antigüeña de historia sagrada en cuaresma, que enseña al mismo tiempo a los niños a admirar al hombre víctima de la sociedad, al bueno que las paga todas, que por nada lo golpean y matan, para comprender mejor su propio destino. Donde los más pobres y sufridos encuentran la justificación espiritual a su triste condición. Y allí va por las calles el Nazareno, cargando la cruz, cayéndose, sudando sangre, mientras unos

ven tr3nsidos el dolor y otros s3lo la magnificencia del cortejo. Un hecho incomparable que no pod3a escapar de la literatura, pero no digo de la que explica o hace cr3nica de los eventos, sino de la que se traduce en un hecho creativo 3nico y maravilloso.

En el cuento *Los hijos del padre* relata un hecho 3pico y revolucionario del alzamiento ind3gena contra los ladinos, como una enso3naci3n de ni3o que observa desde una esquina los acontecimientos, un Viernes Santo en La Antigua, con sus padres y su chucho, en el preciso momento cuando se encuentran las dos procesiones del Santo Entierro. Las figuras esmirriadas se pierden entre la multitud que aguarda el paso de las procesiones frente a la plaza de La Merced. Una alfombra de aserr3n es el anzuelo que desata la pasi3n y la avaricia. Los dos cortejos f3nebres se encuentran en la esquina. El de la Escuela de Cristo lleva en andas al Cristo milagroso de los ladinos, y el de San Felipe, lleva al Jes3s yacente de los indios. La discusi3n se entabla, porque nadie quiere ceder el paso al otro, la alfombra ser3 desecha por uno de los dos. Los ladinos imponentes y los ind3genas cansados de hacerse a un lado, presenciando al Cristo de los blancos deshaciendo la alfombra. Estos 3ltimos deciden consultar con la imagen en andas su decisi3n. Saben que el Cristo de ellos nunca ha hablado, pero igual bajan el anda, se suben los directivos de la Hermandad, abren la urna de vidrio y le consultan al Cristo de piel oscura qu3 hacer. El ni3o no pudo escuchar la respuesta por la bulla y el molote de gente, pero igual presenci3 todo, se fij3 en los gestos, la imagen hab3a hablado, tal vez porque lo que hab3a necesitado siempre era aire, y esa vez les orden3 lo que ten3an qu3 hacer, porque ya bastaba, porque ahora le correspond3a 3l destruir la alfombra de cisnes con cincos de colores en los ojos. Y entonces los cucuruchos con sus t3nicas negras y caites, decidieron cumplir la encomienda, y en son de guerra empezaron a avanzar.

Nada queda en pie del mundo religioso de su infancia. Agrede los s3mbolos cat3licos, desprecia la fe, las creencias, despidiendo rabia por la experiencia real de tanta inconsecuencia y contradicci3n, y llama desde la literatura a su pueblo para luchar por la reivindicaci3n. Luis de Li3n se convirti3 en uno de esos 3ngeles y m3rtires que no pudo aceptar que no fueran ciertas las historias b3blicas, y escribi3 para nosotros una de las obras literarias m3s sorprendentes y ricas de nuestro tiempo. Alg3n d3a aparecer3n sus restos de m3rtir, alguien

contará el sitio donde fue abandonado su cuerpo, y una masa lo llevará en andas hacia el cementerio en San Juan del Obispo, en pura procesión de Viernes Santo, como homenaje dignificador. Por ahora nos conformamos por leer su obra con devoción y le rendimos tributo a su genio malogrado.

Università Cattolica del Sacro Cuore - Diritto allo studio
Largo Gemelli 1, 20123 Milano - tel. 02.72342235 - fax 02.80.53.215
e-mail: editoriale.isu@unicatt.it (produzione); librario.isu@unicatt.it (distribuzione)
web: www.unicatt.it/librario
ISBN: 978-88-8311-610-0